

ESCENA PRIMERA

Sabel. — Octavia. — María Antonia.

Octavia por el fondo, apoyada en María Antonia, que la conduce á la «chaise-longue». Sabel se enjuga apresuradamente los ojos, y recoge un almohadón que está sobre la «chaise-longue». Después lo coloca debajo de la cabeza de Octavia y se va.)

OCTAVIA

Aquí estaremos mejor.

MARÍA ANTONIA

¿Y no te hará daño?

OCTAVIA

No; hoy me encuentro muy bien.

MARÍA ANTONIA

La verdad, tú podrás estar todo lo enferma que quieras, pero la cara no es de eso.

OCTAVIA

No digas, si parezco una muerta. Siéntate, María Antonia.

MARÍA ANTONIA

¡Una hora hace que estoy aquí!

OCTAVIA

Otro rato nada más. No sabes cuánto te agradezco esta visita. ¡Estoy completamente aislada! No conservo ninguna de mis antiguas relaciones. ¿Y tus hermanas? ¿Qué me cuentas? (*Habla con grandes pausas, desde que aparece hasta que se tiende en la «chaise-longue».*)

MARÍA ANTONIA (*con una exageración cómica*).

¡Ay, hija de mi alma, insoportables! A esas también les ha dado ahora por la moralidad y la rigidez de principios. En cuanto se enteren de que estuve en tu casa, van á querer devorarme. (*Transición.*) ¿Oye, Pepa Araujo tampoco ha venido?

OCTAVIA

Si te digo que no ha venido nadie. A Pepa la encontré hace tiempo en la calle; iba con su marido, y me parece que hizo como que no me veía.

MARÍA ANTONIA

No lo creo de Pepa; y si lo hizo, habrá sido cosa del majadero de su marido. Precisamente Pepa te defiende en todas partes; por eso te lo preguntaba.

OCTAVIA

Hemos sido muy amigas.

MARÍA ANTONIA

Ya lo sé. (*Transición.*) Después de todo, si tú quieres á Pedro, y Pedro te quiere, no echaréis de menos á la gente. Lo peor es que el amor, cuanto más grande, menos dura. Yo, desgraciadamente, en eso soy una

sabia. Como que, en fuerza de ciencia, me voy defendiendo; lo demás hace mucho tiempo que habría hecho lo mismo que tú. ¡La gran locura! Pero tengo la triste experiencia de otros casos de amor eterno. ¡El primero de todos fué mi marido!

OCTAVIA

Es que yo quiero á Pedro como no he querido á nadie. Es mi único amor, mi verdadero amor y mi último amor.

MARÍA ANTONIA (*con pena cómica*).

¡Ay, hija! Nunca se sabe cuándo es el último.

OCTAVIA

Si no me lo dijese el corazón, me lo dirían estos mechones blancos.

MARÍA ANTONIA

Son unos embusteros.

OCTAVIA

Vas á reírte, María Antonia. Pero yo quiero á Pedro con toda clase de cariños; unas veces parezco su hermana mayor, otras veces soy como una madre...

MARÍA ANTONIA

También conozco eso. Romanticismos que cuestan muchas lágrimas. Créeme á mí, nada de madres ni de hermanas mayores. Trasteo y trasteo. Una mujer guapa como tú, poco tiene que hacer para estar siempre en su papel.

OCTAVIA

¡Ay, María Antonia, yo no sé qué idea tienes tú del amor!

MARÍA ANTONIA

No tengo una; tengo varias ideas.

OCTAVIA

Pero empecatadas, hija.

MARÍA ANTONIA

Sigue mi consejo. Ser, lo que una es. Yo no conozco mucho á Pedro; pero conozco la clase, y todos son iguales.

OCTAVIA

Pedro no es como los demás.

MARÍA ANTONIA

Naturalmente: Pedro es de una fabricación especial.

OCTAVIA

No te burles, María Antonia. Pedro es un verdadero niño.

MARÍA ANTONIA

Y tú una niña... ¡Válgame Dios, pero qué ridículos os ponéis los enamorados!

OCTAVIA

No; yo, desgraciadamente, no soy una niña. ¡Mi pena es que seré vieja mucho antes que él!

ESCENA II

Octavia.—María Antonia.—Pedro.

PEDRO *(por la izquierda).*

¿Qué te ha contado María Antonia?

OCTAVIA *(á María Antonia).*

¡Tantas cosas! ¿Verdad?

MARÍA ANTONIA

¡Y las que quedan para la próxima visita! *(María Antonia se pone en pie.)*

OCTAVIA

¿De veras te vas?

MARÍA ANTONIA *(besando á Octavia).*

Me parece que ya es hora.

OCTAVIA

¿Cuándo piensas volver?

MARÍA ANTONIA

En cuanto tenga una tarde libre. Adiós, Pedro *(le da la mano).*

PEDRO

Adiós, María Antonia. Salude usted á sus hermanas.

MARÍA ANTONIA

Gracias.

OCTAVIA (*á Pedro*).

Acompaña á María Antonia. (*Pedro la acompaña hasta la puerta de la derecha.*)

MARÍA ANTONIA (*en la puerta*).

Quédese usted.

PEDRO

De ninguna manera.

MARÍA ANTONIA

Octavia, renuncio á él. (*Despidiéndose cómicamente.*) ¡Caballero! ¡Señora! (*Vase corriendo.*)

OCTAVIA (*riendo*).

¡Qué loca! Acompañala, hombre.

ESCENA III

Octavia.—Pedro.

PEDRO (*riendo*).

¡Quieres que la persiga por el corredor!

OCTAVIA

¿Por qué le has dicho que saludase á sus hermanas?

PEDRO

¡Hija, era una cosa tan natural!

OCTAVIA

Probablemente, les ocultará que estuvo aquí.

PEDRO

No creas eso.

OCTAVIA

Si me lo ha dicho la misma María Antonia.

PEDRO (*sorprendido*).

¡Ah!

OCTAVIA

¡Naturalmente!

PEDRO

Pues entonces que no las salude. No te apures. (*Con cariño*). ¿Cómo te vas encontrando ahora?

OCTAVIA (*mimosa*).

¡Mal, muy mal, yo me muerdo!...

PEDRO

¡Octavia, por Dios, no empieces así!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

32946

OCTAVIA

¿Tengo yo la culpa de estar mala, y de morirme? (*Transición.*) ¿Le has preguntado al doctor si me convendría el cambio de aires? Podríamos ir á una aldea de la orilla del mar, y entonces nos llevaríamos á mi niña.

PEDRO

¡A tu niña! ¿Pero cómo?

OCTAVIA

Ya veríamos. ¿Tú crees que mi marido se preocupa de la niña? Nunca se preocupó. Es un hombre que no quiere á nadie. La niña pasa la mayor parte del tiempo con mi madre.

PEDRO

Sí, sí.

OCTAVIA

No me digas sí, sí, porque me parece que estás pensando en otra cosa. ¡Como yo tuviese á mi hijita me ponía buena en seguida... ¡Pero, ya se ve, tú la aborreces!...

PEDRO

No, Octavia, no. Esas son invenciones de tu madre.

OCTAVIA

¡Hijita de mi alma, cómo estará!

PEDRO (*con algo de impaciencia*).

Vamos á ver; ¿crees que tu marido consentirá en entregarte á la niña para que viva con nosotros?

OCTAVIA

No sé. Pero, ¿qué importa? Se la robamos. ¿Tampoco eso puede ser?

PEDRO

Sí, sí.

OCTAVIA

No me digas sí, sí. ¡Me pones nerviosa!

PEDRO (*con cariño*).

¡Cómo estás, hija!

OCTAVIA

Déjame. (*Le rechaza.*)

PEDRO (*sonríe y le acaricia las manos*).

¡Qué mimos, señor! ¡Qué mimos!

OCTAVIA (*después de una pausa*).

¡Pedro!...

PEDRO

¡Qué!

OCTAVIA

Vas á jurarme una cosa.

PEDRO (*sonriendo*).

¿Has pensado la fórmula del juramento? Será solemne: sobre los Evangelios...

OCTAVIA

No me hables así, como á una niña caprichosa. Vas á jurarme que si me vieses moribunda, tú serías el primero en avisar á un sacerdote, y en hacer cuanto él dijese. ¡Yo no quiero que mi alma se condene!

PEDRO

Y tú vas á hacerme el favor de no pensar en esas tonterías.

OCTAVIA (*tristemente*).

No les llares tonterías. (*Cambiando repentinamente de voz, de gesto, y de actitud. Sonriendo.*) Pero no me muero, ¿verdad? ¿Qué te dijo hoy el doctor? Me parece que ha puesto muy buena cara. ¡Por eso tú estás contento! Pero, mira cómo me he quedado. No parecen mis brazos. ¡Eres muy bueno, aun así me quieres!...

PEDRO (*besándole las manos*).

Más que nunca.

OCTAVIA

¡De noche, no puedes formarte idea del miedo que he tenido! Poco á poco, en la obscuridad, se fue apoderando de mí la idea de que me moría, y de que me moría condenada. ¡Por eso mi afán de que viniese el Padre Rojas!

PEDRO

Ya ha venido.

OCTAVIA

¡Desgraciadamente!

PEDRO

Ahora te arrepientes.

OCTAVIA

¡Me arrepiento porque he tenido que desobedecerle! ¡Pero te quiero tanto, que únicamente la esperanza de morir me daba fuerzas para separarme de ti! Y tú, separado de mí, ¿qué hubieras hecho?

PEDRO

No sé. Creo que me hubiera muerto de pena... (*Se cubre la cara con las manos de Octavia.*)

OCTAVIA (*enternecida*).

¡Pobre amor mío! (*Sonriendo*). ¡Pero qué bien sabes engañarme! (*Con animación*). ¿Y no te ha pasado por la cabeza echar de casa al Padre Rojas?

PEDRO

Fué mi primer impulso; pero cuando me dijo que eras tú quien me suplicaba que me fuese...

OCTAVIA

¿Te hubieras ido?

PEDRO

Sí. Era tu deseo.

OCTAVIA

¡Qué pena tan grande habría sido, vernos separados para siempre!

PEDRO

Eso no. Porque como tú no te hubieras muerto...

OCTAVIA (*cogiéndole la cabeza y besándole en la frente*).

¡Mi encanto habría vuelto al día siguiente!

ESCENA IV

Octavia.—Pedro.—Sabel.

SABEL (*Por la derecha*).

¡Señorito Pedro!... (*Con misterio*). Haga el favor de escuchar una palabra.

OCTAVIA (*sobresaltada*).

¿Qué es, Sabel? ¿Qué es?

SABEL

Nada, señorita, no se asuste. No es nada malo.

OCTAVIA (*como una inspirada*).

¡Mamá está ahí con la niña!

PEDRO

¡Pero Octavia, tú sueñas!

OCTAVIA (*cerrando los ojos*).

¡Están ahí! ¡Las veo!

PEDRO

No vuelvas con secretos, Sabel. Vamos á ver: ¿Qué me querías?

SABEL

Eso mismo...

PEDRO

Pero, ¿están ahí?

OCTAVIA

¡Tú vete, Pedro! ¡Que no te encuentren aquí! (*Vase Sabel por la derecha*.)

PEDRO

¿Las esperabas? ¿Habías mandado algún recado á tu madre?

OCTAVIA

No, no.

PEDRO

¿Por qué me engañas, Octavia? Tú sabías que iban á venir.

OCTAVIA

Lo sabía, sin saberlo. (*Mirando á la puerta*.) Vete ahora. Que no te vean.

PEDRO (*con tristeza*).

¡Adiós!

OCTAVIA

¿No te vas incomodado?

PEDRO

No.

OCTAVIA (*con una sonrisa á la vez amorosa y triste*).

¡Adios, entonces!... (*Pedro sale por la izquierda*.)

ESCENA V

Octavia. — Doña Soledad. — La Niña. — Sabel.

OCTAVIA (*levantándose y corriendo hacia la puerta de la derecha*).

¡Hija de mi alma! ¡Hija de mi alma! (*Se fija en el retrato de Pedro que está sobre un mueble, y se detiene. Coge el retrato y lo esconde. Después sale corriendo. La escena queda sola un momento. Detrás de la puerta suenan besos y sollozos.*) ¡Mi almita querida! ¡Mi almita! (*se deja caer en la «chaise-longue»*). ¿Te acordabas mucho de mí? (*Volviéndose á su madre*). ¡Al fin has venido!

DOÑA SOLEDAD (*besándola*).

Hasta hoy no supe que estabas enferma. ¡Qué desgraciada te has hecho, hija mía!... ¡Y nos has hecho á todos!...

OCTAVIA (*suplicante*).

¡Mamaita, por Dios! (*Acariciando á la niña*.) ¿No tenías tú muchos muchos deseos de verme?

LA NIÑA

Sí... pero como no sabía la casa...

OCTAVIA

¿Qué hubieras hecho si la supieses? ¿Te habrías escapado, verdad? ¡Tampoco sabías que tu mamá estaba muy mala, que se iba á morir!... (*La niña esconde la cabeza en el pecho de Octavia*.)

DOÑA SOLEDAD (*interrumpiendo la conversación que en voz baja sostiene con Sabel*).

No le digas esas cosas á la niña.

OCTAVIA (*abrazando á su hija*).

¡Vidita mía! ¡Vidita! (*Solloza*.)

LA NIÑA

No llores. ¿Por qué lloras tú?

SABEL

Tiene menos juicio que la pequeña. ¿Por qué ha de llorar? ¿No la tiene ya aquí?

DOÑA SOLEDAD

Hija mía, procura dominarte. Te afliges tú, y afliges á la niña inútilmente! (*Sabel y Doña Soledad reanudan la conversación en voz baja*.)

OCTAVIA (*á la niña*).

Ves, ya no lloro; era de alegría. Cuéntame, ¿qué hacías tú sin mí, corazoncito? ¿Quién pone ahora guapa á mi nena? ¿Es la abuela? ¿Por qué no te dejan el pelo suelto, como antes?

LA NIÑA

La abuela no sabe bien.

OCTAVIA (*sonriendo*).

Gracias á que no te peina como ella, hija, con cocas.

SABEL

¡Bendito sea Dios, que se la ve reír! (*Sigue hablando con Doña Soledad.*)

LA NIÑA (*abrazándose á su madre*).

¡Mamá! ¡Mamá querida!

OCTAVIA

Cuéntame, ¿qué te decían de mí?

LA NIÑA

Nada...

OCTAVIA

¿Te dijeron que me había muerto?

LA NIÑA

Lo dijo papá un día, pero yo no lo creí.

OCTAVIA

¿No lo creiste? ¿Por qué no lo creiste?

DOÑA SOLEDAD

Octavia, que los niños se fijan en todo, y luego repiten las cosas...

SABEL

Déjela, señora. (*Siguen hablando en voz baja.*)

OCTAVIA

¿Por qué no lo has creído, dime?

LA NIÑA

La abuela no lloraba mucho, y además por otra cosa...

OCTAVIA

¿Qué cosa?

LA NIÑA

Otra cosa...

OCTAVIA

¿No me la quieres decir?

LA NIÑA

Seguían poniéndome aquel traje azul que tú me compraste; aqué de los lazos.

OCTAVIA

Y ¿no era ese el que debían ponerte si yo me hubiese muerto, ¿verdad?

LA NIÑA

No.

OCTAVIA

¿Cuál debían ponerte?

LA NIÑA

Ya tú lo sabes.

OCTAVIA

Dímelo, corazón.

LA NIÑA

Ya tú lo sabes.

OCTAVIA (*sollozando*).

¡Sí, lo sé! ¡Sí, lo sé!

LA NIÑA

No llores.

OCTAVIA

¿Te dijo alguien que yo era mala?

LA NIÑA

No; tú eres mejor que todos.

DOÑA SOLEDAD

¡Pero, Octavia, hija mía, qué cosas tan impropias le preguntas á la niña!

OCTAVIA

¡Ay, mamá, qué exigente eres! (*A la niña, levantándose con mucho trabajo*). Ven, mi encanto.

DOÑA SOLEDAD

¿A dónde la llevas?

OCTAVIA (*á la niña*).

Voy á ponerte con el pelo suelto. (*A su madre*). ¡Quiero verla como antes! (*Entra en la alcoba*).

ESCENA VI

Doña Soledad.—Sabel.

DOÑA SOLEDAD (*llorosa*).

¡Pobre hija mía, cómo se ha quedado! ¡Y yo sin saber que estaba enferma! ¡Hija de mi alma! ¡No parece ella! ¡No la parecel... ¡Si á lo menos ese hombre la tratase con cariño!